El enigma de los Olmecas y las Calaveras de Cristal

El enigma de los Olmecas y las Calaveras de Cristal

David Hatcher Childress

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: El enigma de los olmecas y las calaveras de cristal
Autor: © David Hatcher Childress

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-637-7

Índice

Capítulo 1: El misterio del origen de los olmecas 9

Capítulo 2: La enigmática destrucción de los olmecas 53

Capítulo 3: La extraña posición *quizuo* 57

Capítulo 4: El misterio del comercio transoceánico 119

Capítulo 5: La deformación craneal de los olmecas 151

Capítulo 6: El enigma de la escritura olmeca 191

Capítulo 7: El misterio continúa 227

Apéndice 1: Los aztecas y Mesoamérica:
Las tierras de las calaveras de cristal 263

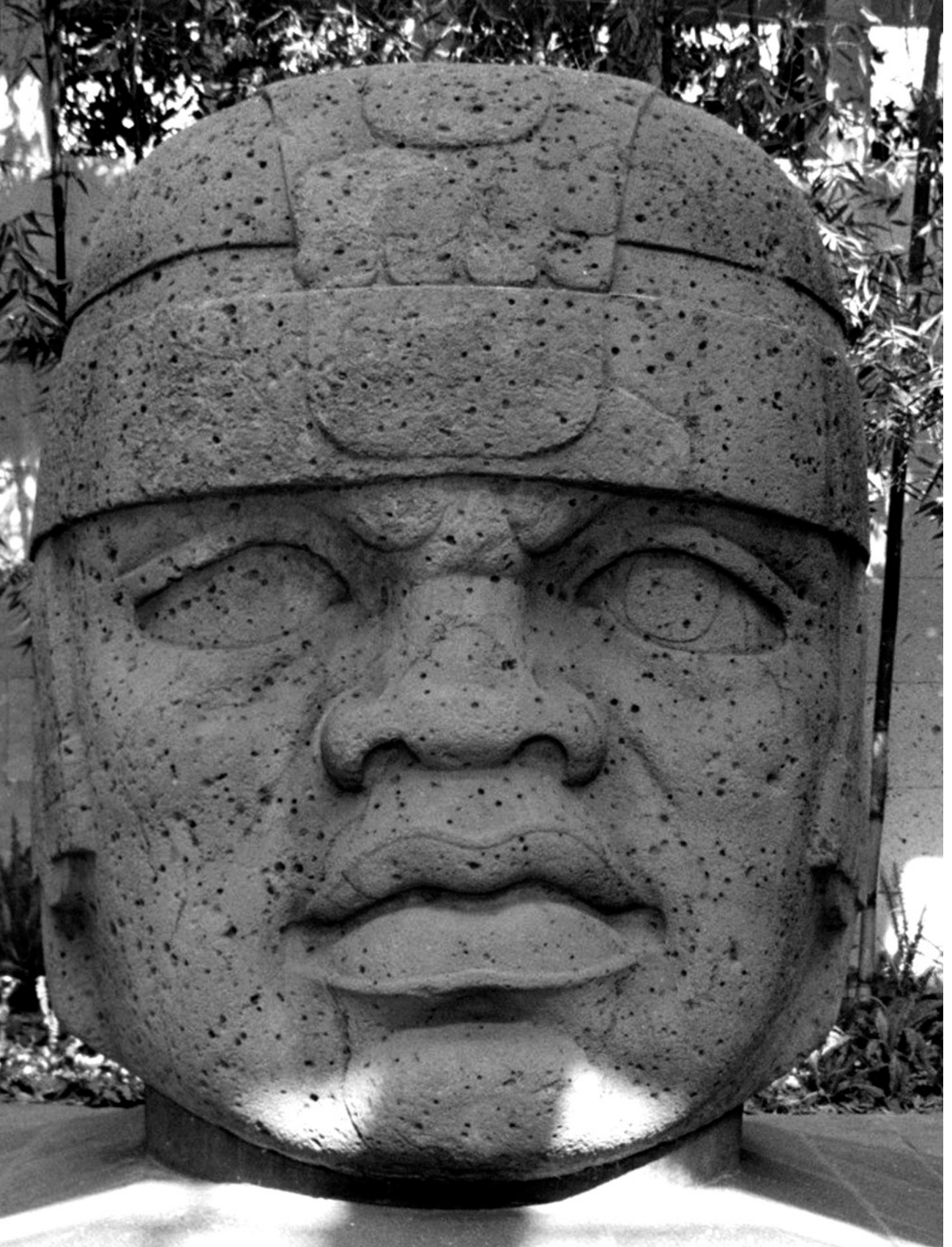
Apéndice 2: La colección de las calaveras de cristal mágicas
de los emperadores mexicanos 281

Apéndice 3: F.A. Mitchell-Hedges y la calavera del destino 309

Apéndice 4: Mapas y esquemas 337

Apéndice 5: Documentación gráfica 349

Bibliografía 395



Capítulo 1
El misterio del origen de los olmecas

El progreso del hombre en México no delata ninguna influencia del viejo continente durante este periodo (del 1000 al 650 a.C.) excepto por un marcado sustrato negroide vinculado a los magos (sumos sacerdotes).
—Frederick Peterson, Ancient Mexico (1959)

El extraño mundo de los olmecas

Los olmecas constituyen el misterio más antiguo y, quizás, el más grande de los albores de México y América del Norte en general. En la actualidad, los arqueólogos a menudo se refieren a ellos como protomayas u *olmecas*, que significa «habitantes de la Olman», es decir, de la «tierra olmeca» como ahora se la denomina. Cuando se observan las enigmáticas pinturas rupestres, las colosales cabezas talladas a la perfección, el característico «ceño fruncido» y la apariencia violenta y bélica de los olmecas, es inevitable preguntarse quiénes son estos extraños personajes.

La reconstrucción del extraño mundo de los olmecas no comenzó sino hasta ahora. Su arte generalmente los muestra con cascos de piel, rostros grandes, labios gruesos y narices anchas, con una expresión hosca. Fácilmente se los puede comparar con un montón de enfurecidos jugadores de rugby africanos, tal vez de Nige-

ria o Tanzania. Mientras que la mayoría de los arqueólogos asegura que los africanos jamás colonizaron México o Centroamérica, el hombre promedio que observa estas estatuas y cabezas no logra entender cómo los académicos pueden incurrir en una aseveración a todas luces errónea, que en esencia ni siquiera es científica. Si bien el consenso académico es contarle a los estudiantes y a los turistas que no se trata de africanos, no puede hacerse otra cosa que concluir que los académicos están ciegos, locos, o ambas cosas a la vez.

Lo fascinante de esta civilización enigmática para los observadores modernos es la forma en que se autorretrataron. Además de las facciones negroides, en muchos objetos se ven representados individuos con rasgos orientales o europeos. Por lo tanto, es muy interesante analizar con detenimiento el modo en que se presentan las figuras: la forma en que están vestidas, lo que llevan puesto en la cabeza, la forma de los ojos, nariz, orejas y boca, la posición de las manos, las expresiones en el rostro. Todo constituye un arte maravilloso en su máxima expresión. La gestualidad y el simbolismo en los objetos que sostienen o con los que interactúan parecen indicar un elevado nivel de sofisticación y el uso de una iconografía compartida… ¿Qué significa todo esto? ¿Quiénes son estas personas? ¿Eran aldeanos aislados o forasteros de una tierra remota?

El descubrimiento de los olmecas

Hasta los años treinta, se sostenía que la civilización maya era la más antigua del continente americano. La enorme cantidad de monumentos, estelas, alfarería, estatuas y otros objetos mayas que se hallaron a lo largo de Yucatán, Guatemala y la costa del Golfo de México había convencido a los arqueólogos de que la maya era la civilización madre de Centroamérica.

Pero algunas supuestas piezas de la cultura maya eran levemente distintas de las demás. Una de las diferencias consistía en que algunas grandes esculturas de cabezas tenían rostros con facciones más africanas que muchos de los otros elementos mayas. Las pinturas y

esculturas mayas suelen ser bastante variadas, pero las facciones africanas claramente no constituían una característica del arte de ese pueblo. Las cabezas de aspecto africano a menudo exhibían el ceño fruncido y llevaban máscaras o parecían ser bestias mitad jaguar, mitad humanas. Este motivo recurrente no encajaba con otros hallazgos de la cultura maya.

En 1929, Marshall H. Saville, el director del Museo del Indio Americano en Nueva York, clasificó esas piezas como pertenecientes a una cultura completamente nueva, sin herencia maya. De una forma un poco impropia, denominó a esta cultura *olmeca* (término acuñado en 1927), que significa «gente del país del hule» en náhuatl, el idioma de los mexicas (aztecas). La mayoría de esos primeros objetos diferentes se halló en las regiones de Tabasco y Veracruz, en el sur de México, una zona pantanosa que se explotaba para extraer gas natural pero que en tiempos ancestrales había sido una fuente de caucho. Los antiguos mesoamericanos, desde los olmecas hasta los aztecas, extraían látex de *Castilla elastica*, un tipo de árbol de caucho de la zona. Ya en 1600 a.C. (y posiblemente antes) se mezclaba el zumo de una enredadera regional, la *Ipomoea alba*, con el látex extraído para crear hule. Los habitantes de la zona que vivieron allí en épocas posteriores, bajo el dominio azteca, fueron denominados «olmecas» por ellos.

Actualmente se atribuye a los olmecas la creación del juego de pelota que fue tan importante en todas las civilizaciones mesoamericanas y también la creación de las pelotas de hule que se utilizaban en ese juego. Este podría ser aún más antiguo que los propios olmecas. La popularidad de los campos de juego y el juego de pelota maya-olmeca se extendió hacia el norte, hasta Arizona y Utah, y hacia el sur hasta Panamá.

Según el prestigioso arqueólogo mexicano Ignacio Bernal, se advirtió la existencia del arte olmeca por primera vez en 1869; sin embargo, como se mencionó anteriormente, la palabra *olmeca*, o el término «gente del país del hule», comenzó a utilizarse en 1927. Como era de esperar, un grupo de prominentes arqueólogos mayistas, entre los que se encontraba Eric Thompson —quien ayudó descifrar

el calendario maya—, se rehusó a creer que esta nueva cultura llamada olmeca fuera anterior a la maya. No fue sino hasta una reunión especial en Ciudad de México en 1942 que se determinó con amplio consenso la precedencia de los olmecas con respecto a los mayas. De todas maneras, la fecha de nacimiento de la cultura olmeca continuaría siendo objeto de gran discusión.

En el libro *Historia de la arqueología de México,* Bernal sintetiza este curioso episodio arqueológico:

> Hoy en día parece casi increíble que lo que ahora denominamos cultura olmeca fuera absolutamente desconocida, excepto por un par de menciones aisladas (Melgar, 1869, 1871), los estudios de pequeños hallazgos (Saville, 1902, 1929), o viajes tales como los de Blom y La Farge (1925) o Weyerstall (1937). No fue sino hasta 1938 que el Instituto Smithsonian y la National Geographic Society comenzaron a explorar la región bajo la dirección entusiasta de Matthew Stirling. En pocos años la exploración (no del todo completa) de Tres Zapotes y La Venta arrojó los resultados más sensacionales. Los extraordinarios monolitos encontrados en estas ciudades y en otros sitios de la región (a los que pronto Stirling agregaría los descubrimientos igual de maravillosos del Cerro de las Mesas, lugar que no es olmeca en realidad, si bien las piezas encontradas allí sí lo son) ocasionaron un gran revuelo en el ámbito arqueológico y plantearon una serie de problemas de gran importancia para la comprensión del pasado.
>
> Tal vez el primero de estos problemas fuera: ¿en qué periodo podemos ubicar a esta cultura? ¿Forma parte del horizonte al que todavía se denominaba arcaico? ¿Se trata de la cultura madre de Mesoamérica, precursora de los mayas y de otras civilizaciones, o es una cultura local tardía correspondiente a los olmecas «históricos» que describen las fuentes escritas? Cada una de estas preguntas, obviamente relacionadas entre sí, generó una respuesta distinta.
>
> La postura algo escéptica de Eric Thompson, el más destacado de los mayistas (1941), y de muchos otros con respecto a la antigüedad de los olmecas se basó mayormente en su negativa a aceptar la idea de que las inscripciones en piedra, como las de la estela C encontrada en Tres Zapotes, fueran tan antiguas, y la posibilidad de que fueran incluso anteriores al calendario maya. En efecto, el descubrimiento de que el calendario maya

no es maya en sentido estricto, sino que estaba en uso antes de que se realizaran las primeras inscripciones en Uaxactún, fue uno de los cambios básicos que tuvo lugar en términos de datación arqueológica. De acuerdo con esta información, los mayas no hicieron más que ampliarlo, refinarlo y mejorarlo. La fecha inicial inscrita en la estela C fue motivo de gran controversia, pero ya casi no hay dudas sobre ella. La teoría de Stirling, elaborada incluso antes del descubrimiento de la otra mitad de la estela, es la correcta. Esto no solo prueba que había tenido razón en creer que databa de un pasado tan remoto —de hecho, ahora se nos revela como, a lo sumo, demasiado reciente—, sino también que la cultura olmeca en su totalidad es anterior a la maya. En su momento, esa idea constituyó un anatema porque, tal como se mencionó anteriormente, casi todos los esfuerzos del Carnegie y de otras instituciones, en especial las norteamericanas, habían estado concentrados en la investigación maya. En ese entonces, la opinión consensuada era que la cultura maya no solo era la más antigua sino que, además, todas las otras civilizaciones mesoamericanas derivaban de ella.

En la reunión que celebró la Sociedad Mexicana de Antropología en 1942 para debatir la cuestión de los olmecas, los arqueólogos, entre los que se encontraba Stirling, con Caso, Covarruvias y Noguera a la cabeza, sostuvieron que los olmecas formaban parte del horizonte arcaico. Caso afirmó que, «sin lugar a dudas, la cultura olmeca es la madre de otras tales como la maya, la teotilitiacin y la de El Tajín» (1942:46). «Mientras que otros complejos culturales comparten rasgos "olmecas", este estilo no contiene vestigios o elementos tomados de otras culturas, excepto por aquellas conocidas como arcaicas» (1943:48), sostuvo Covarruvias. Vaillant fue uno de los pocos norteamericanos que respaldó estas teorías, y lo hizo porque, en el transcurso de su esmerada y conocida labor sobre la Meseta Central, se topó con estatuillas arcaicas extremadamente parecidas a las olmecas. Eric Thompson, por otra parte, pensaba que los olmecas constituyeron una cultura tardía perteneciente a lo que hoy se denomina periodo Posclásico.

El término olmeca, utilizado por primera vez por Beyer en 1927 para designar este estilo de arte en particular, prevaleció hasta el día de hoy, sin bien podría no ser correcto. Da lugar a confusión ya que se lo tomó de fuentes históricas que utilizaban el término olmeca para designar pueblos

muy posteriores. En 1942 Jiménez Moreno aclaró el tema: demostró que el nombre olmeca se refiere a los habitantes de las áreas ricas en caucho, pero aun así es necesario distinguir claramente entre aquellos a quienes se denominó olmecas recientemente y los olmecas arqueológicos. Por esta razón, él propuso que se los llamara "el pueblo de La Venta" para evitar confusiones. Pero el nombre original no pudo eliminarse y es el que se utiliza hoy en día.

En la Mesa Redonda de Tuxtla de 1942, se dio otra fecha de nacimiento provisoria para los olmecas alrededor del 300 a.C. Pero un trabajo un poco posterior en San Lorenzo, llevado a cabo con la ayuda de un análisis de radiocarbono —cuyo uso se estaba extendiendo en el área—, permitió demostrar que 1200 a.C. era una datación más realista. Encajaba perfectamente con lo que se estaba descubriendo en toda Mesoamérica. Es una parte del proceso general que ya estuvo sujeta a debate. Los académicos del siglo XIX han propuesto fechas extraordinariamente remotas para los pueblos prehispánicos, lo que generó en este siglo una oposición vigorosa que finalmente abrevió sus existencias de manera radical. Pero después de 1950, esta dificultad se resolvió mediante el uso de técnicas de datación que no son necesariamente arqueológicas.

Muchos problemas relacionados con la cultura olmeca todavía siguen sin resolverse, pero su existencia e importancia ya están fuera de discusión. La exploración de una cantidad de sitios fuera de las áreas limitadas que ya mencioné contribuyó a un importante debate sobre la arqueología mesoamericana en su totalidad. Las investigaciones se centraron principalmente en la arquitectura, la escultura y la alfarería, sin prestar demasiada atención a aquellos márgenes que podrían llamarse etnológicos. Sin embargo, los resultados fueron asombrosos, y para 1950 se contaba con una enorme cantidad de material listo para su análisis.

Se había descubierto a los olmecas. Sin embargo, este descubrimiento generó más interrogantes que certezas. El descubrimiento de los olmecas parece haber puesto en duda muchas creencias arraigadas sobre la prehistoria americana. De repente, había un pueblo de apariencia diversa que creó esculturas monumentales con un talento asombroso, los verdaderos inventores del sistema numérico y del

alfabeto que utilizaban los mayas, del juego de pelota con pelotas de hule y que hasta conocían la rueda (como lo demuestran los juguetes hallados).

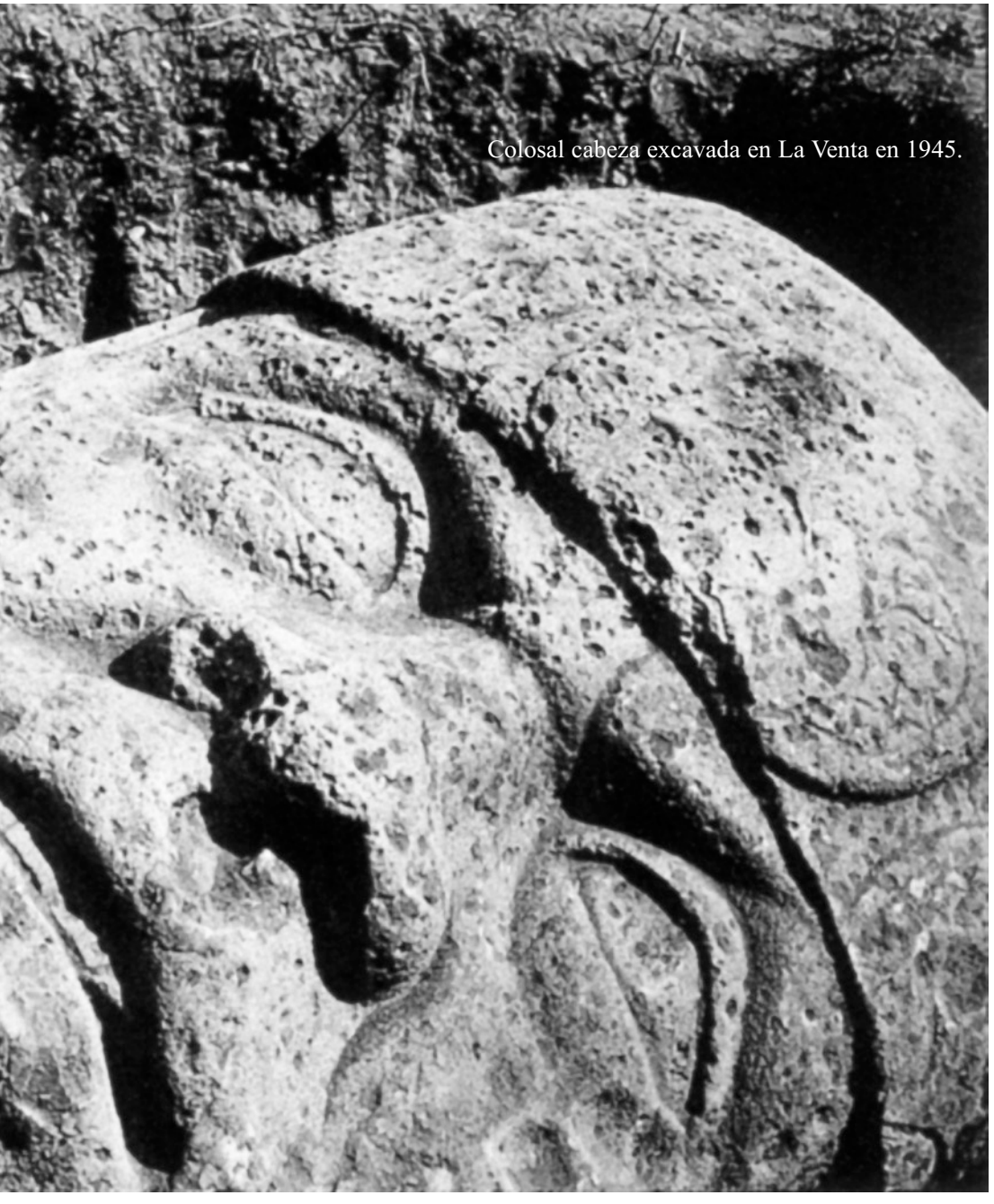
Así, un mayor enigma se cernía sobre los arqueólogos: ¿Quiénes fueron los olmecas?

¿Quiénes fueron los olmecas?

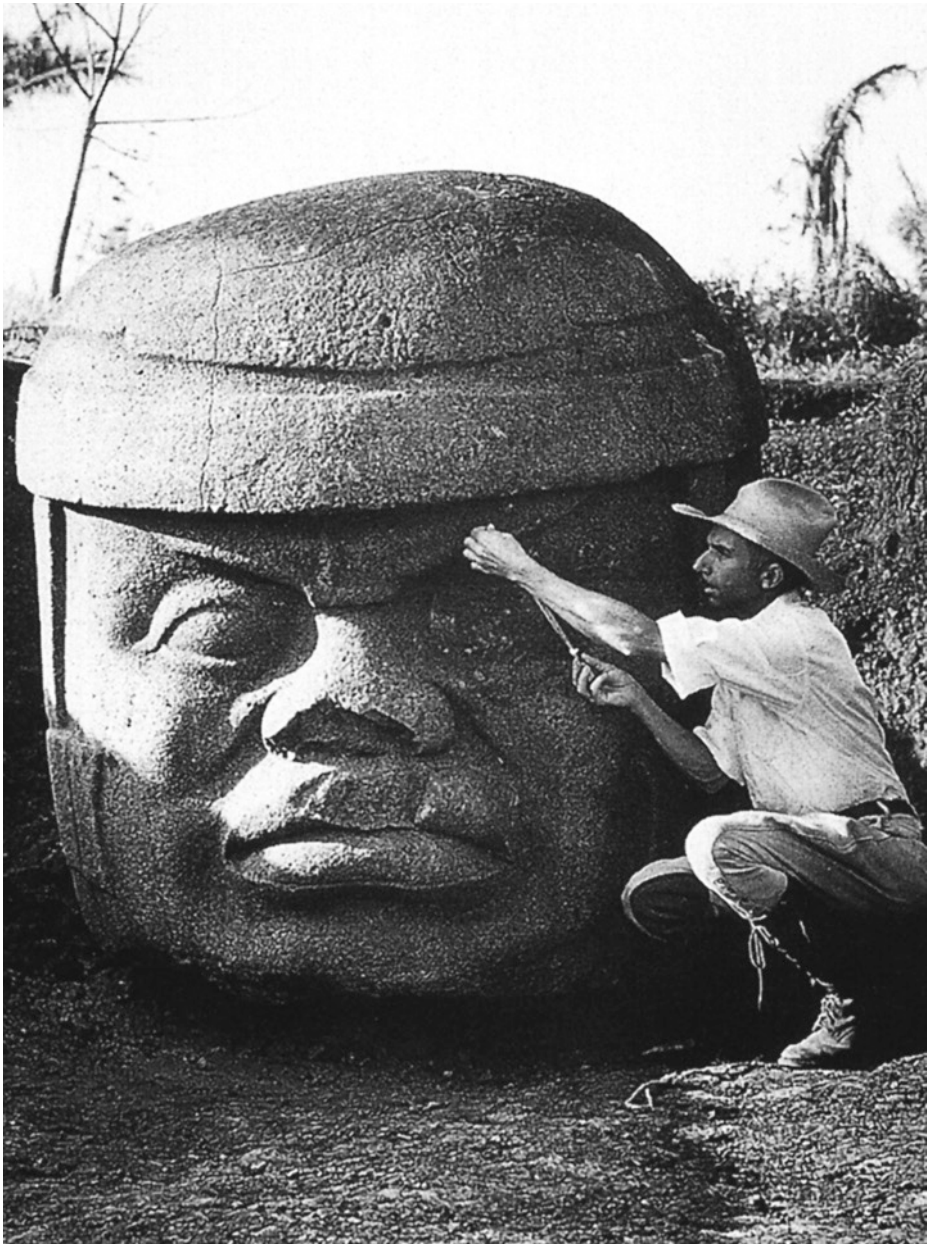
Bernal continuó su investigación sobre los olmecas y publicó en 1968 *El mundo olmeca*, el único estudio importante sobre esta cultura centroamericana ancestral. En su libro, Bernal analiza los insólitos hallazgos que se le atribuyeron a los olmecas en todo el territorio sur de México y Centroamérica, en sitios tan australes como Guanacaste en Nicaragua. Sin embargo, no logró dilucidar el origen de este pueblo tan particular cuyo arte representaba hombres barbados, cabezas con rasgos africanos y jeroglíficos indescifrables. Bernal creía que incluso lugares tan característicos de la cultura maya como Uaxactún y El Mirador habían sido habitados anteriormente por los olmecas.

Por otra parte, arqueólogos ortodoxos como el afamado escritor británico Nigel Davies sostienen que no es posible que los olmecas hayan surgido a partir del contacto intercultural a través del Atlántico o del Pacífico. Davies afirma: «Dejando de lado las ideas románticas sobre la migración marítima de los olmecas, persistía el interrogante sobre el sitio exacto en el que se originaron en México, ya que posteriormente residieron en casi la totalidad del territorio de ese país. La cuestión se discutió enérgicamente; Miguel Covarruvias estaba convencido de que los olmecas comenzaron a desarrollarse en el estado de Guerrero, a la vera del Pacífico, pero su hipótesis tuvo poca repercusión. Otros, con el mismo afán, insistían en que los olmecas se habían originado en las tierras altas de México. Sin embargo, en la actualidad hay amplio consenso en la creencia de que su asiento o morada principal estaba ubicado en la tierra del hule, en la zona sur de Veracruz y Tabasco».





Colosal cabeza excavada en La Venta en 1945.



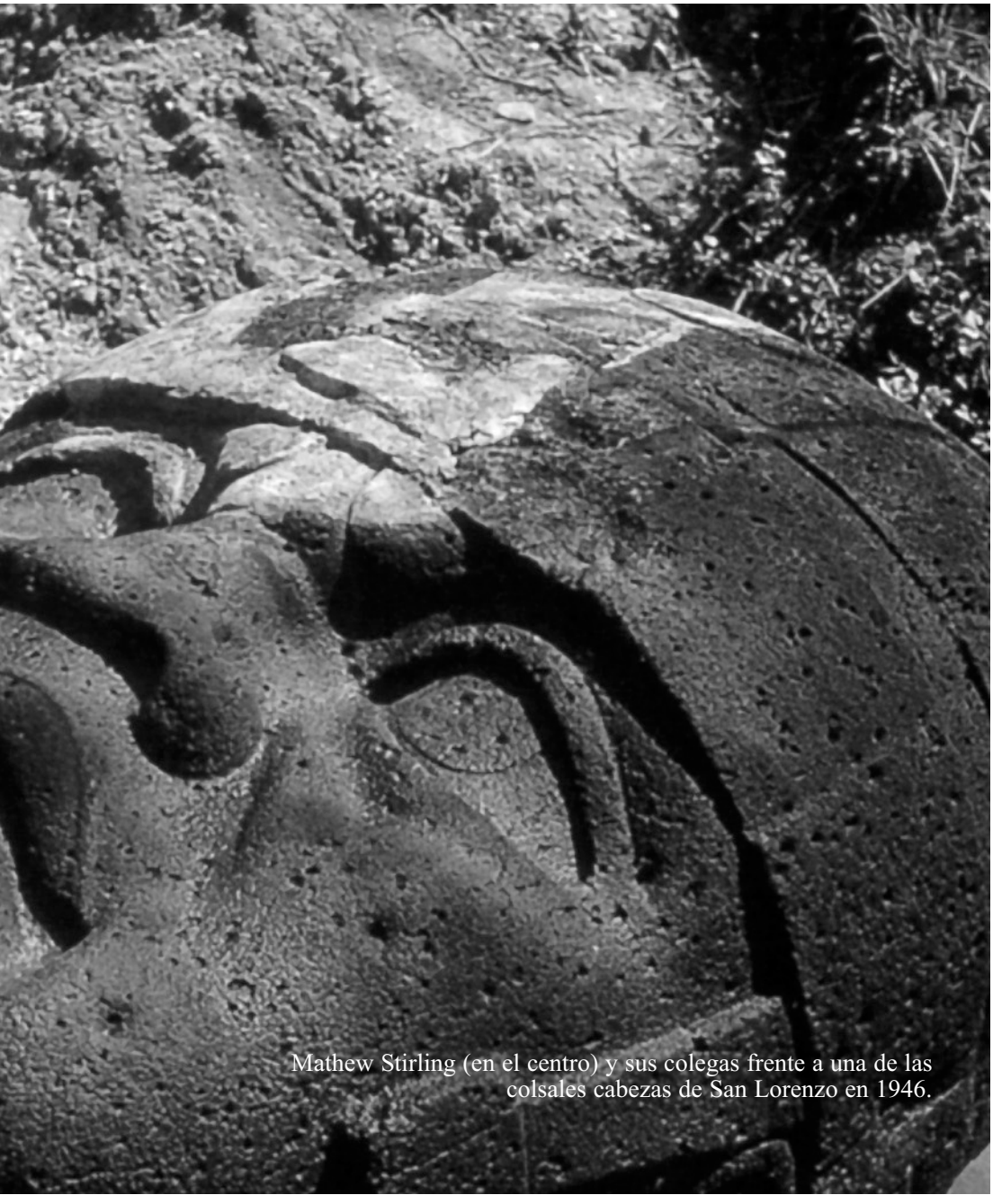
Mathew Stirling analizando esta colosal cabeza en Tres Zapotes (1939).

Fundamentalmente, Davies dice que los olmecas se originaron en Monte Albán, en las tierras altas de Oaxaca, Oxtotitlán o Juxtlahuaca, cerca de Acapulco sobre el Pacífico, o tal vez en Tres Zapotes y La Venta, en los pantanos que rodean el Golfo de México. En todas esas áreas hubo emplazamientos olmecas.

La idea de que las insólitas cabezas con rasgos negroides podrían haber surgido como resultado de exploraciones africanas parece ser totalmente ajena a los historiadores y arqueólogos que se dedican a la arqueología americana. A pesar de los retratos de diversos nobles, reyes, viajeros, magos y quienquiera que fuera con aspecto africano, chino, europeo barbado, u otros forasteros, la mayoría de los académicos de nuestras universidades más importantes concuerdan en que no hay evidencia de exploradores precolombinos en la antigüedad. Sí admiten que esa idea podría haber nacido de una interpretación superficial de esa variedad de estatuas y grabados.

De manera que, incluso para la mayoría de los historiadores, el origen de los olmecas constituye un misterio. En el ámbito de la historia alternativa, en la actualidad existen varias teorías acerca de cómo los rasgos africanos llegaron a Centroamérica. Una de ellas sostiene que hay un vínculo con la Atlántida y que, como parte de la clase guerrera de esa civilización, los olmecas eran fuertes y recios. O quizás formaban parte de una colonia egipcia en Centroamérica —o de una colonia de algún otro ignoto imperio africano. Hay quienes sugieren que cruzaron el Pacífico desde el continente perdido de Mu, o que se trataba de mercenarios chinos de la dinastía Shang. Del mismo modo, curiosamente se asocia a los magos (o hechiceros chamanes que utilizan hongos mágicos y otros alucinógenos) con muchas estatuas olmecas: ¿se habrá tratado de magos de África, China, o incluso la Atlántida?





Mathew Stirling (en el centro) y sus colegas frente a una de las colsales cabezas de San Lorenzo en 1946.

¿Fueron los olmecas colonizadores transoceánicos?

Se ignora el nombre con el que los olmecas se autodenominaban; algunos relatos mesoamericanos posteriores se refieren a los antiguos olmecas como los «tamoanchanes». En general, se considera que el periodo clásico de los olmecas se extiende desde el 1200 a.C. hasta alrededor del 400 a.C. Algunos objetos didácticos de los olmecas se remontan al 1500 a.C., y tal vez antes.

Nadie sabe de dónde provienen los olmecas, pero las dos hipótesis predominantes son:

1. Se trata de aborígenes americanos descendientes del mismo linaje siberiano que la mayoría de los indígenas americanos, y en ellos por casualidad se acentuó el material negroide que se encontraba latente en sus genes.

2. Eran extranjeros que emigraron a la región de Olman en embarcaciones, ya sea en calidad de marineros o de pasajeros en viajes transoceánicos que probablemente tuvieron lugar durante siglos.

En el centro de la discusión sobre el origen de los olmecas se encuentra la clásica lucha entre los aislacionistas (quienes creen que el hombre antiguo no era capaz de realizar viajes transoceánicos y, por lo tanto, casi la totalidad de las culturas ancestrales se desarrolló por cuenta propia) y los difusionistas (quienes consideran que en la antigüedad el hombre podía cruzar los océanos, lo que explica las similitudes en culturas tan diversas). En el ámbito académico tradicional hay algunos defensores del difusionismo. Ivan van Sertima, de la universidad Rutgers de Nueva Jersey, promueve activamente la teoría difusionista según la cual el hombre antiguo estableció contacto durante un tiempo prolongado con los otros continentes mediante el cruce de los océanos Atlántico y Pacífico. En sus libros *African Presence in Early America* y *African Presence in Early Asia* abundan artículos y fotografías que demuestran sin lugar a dudas que la raza negra vivió, literalmente, en todo el mundo, incluido el antiguo continente americano. Van Sertima no postula teorías tan poco

ortodoxas como la de la Atlántida o la del continente perdido en el Pacífico, sino que claramente establece que los negros de tiempos ancestrales desarrollaron muchas civilizaciones avanzadas y vivieron en todo el globo.

Lamentablemente, la mayoría de los autores del ámbito académico prefiere abogar por las teorías aislacionistas, lo que prácticamente implica la exclusión del difusionismo. En el brillante libro de Richard A. Diehl publicado recientemente, *The Olmecs: America's First Civilization*, el autor dedica al tema un solo párrafo:

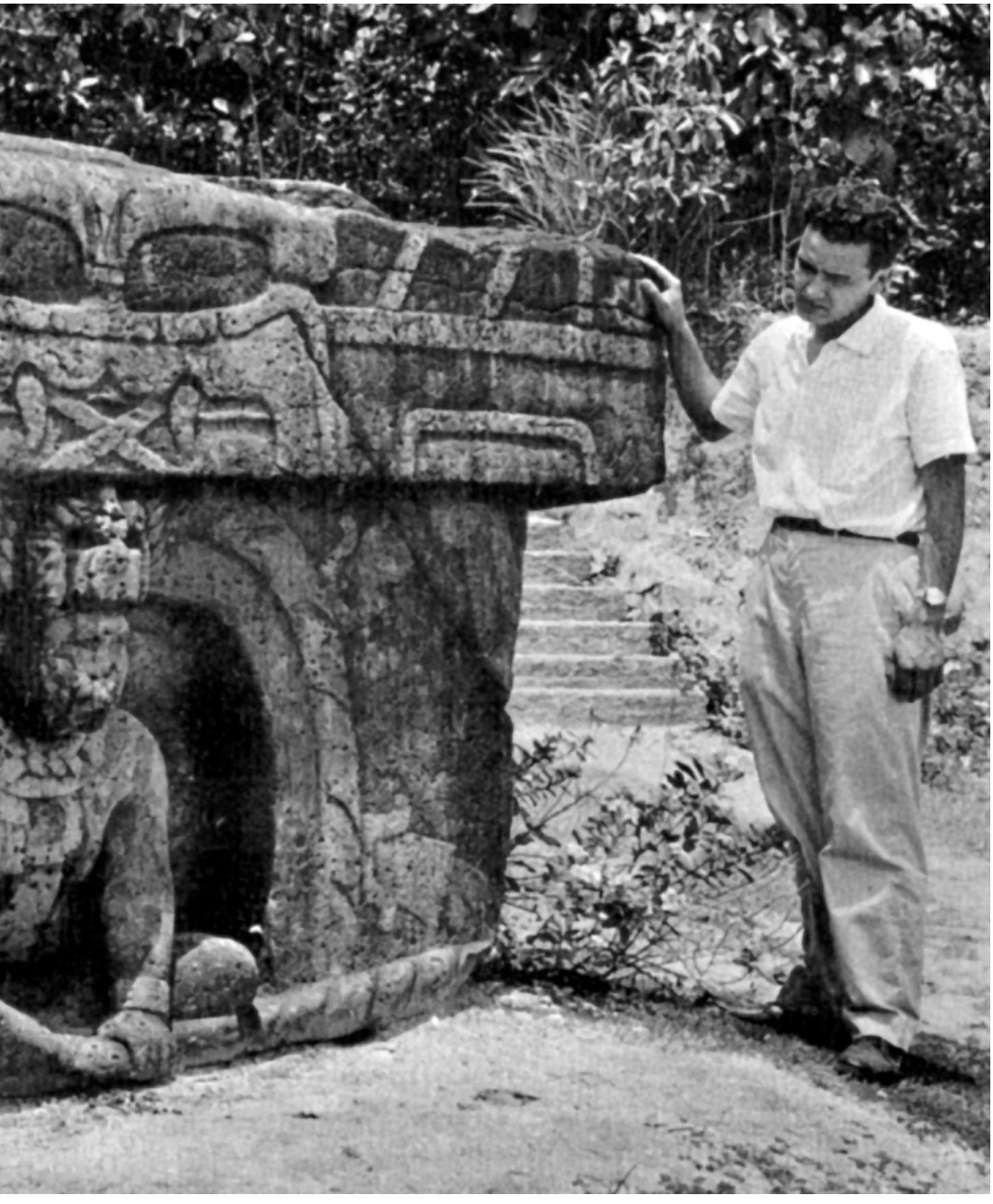
> Los orígenes de la cultura olmeca intrigaron de igual modo a los especialistas y a los legos desde el descubrimiento en Veracruz, hace 140 años, de la cabeza colosal número 1 de Tres Zapotes, una gigantesca cabeza humana con vagas facciones negroides. Desde ese momento, la cultura y el arte olmeca se atribuyeron a marineros africanos, egipcios, fenicios, japoneses, chinos, habitantes de Nubia, de la Atlántida, y otros viajeros de tiempos ancestrales. Como suele suceder, la verdad es infinitamente más lógica y menos romántica: los olmecas eran aborígenes americanos que crearon una cultura única en el sureste mexicano, en el Istmo de Tehuantepec. En la actualidad, los arqueólogos sitúan los orígenes olmecas en culturas anteriores de la región y no cuentan con evidencia certera de intrusiones significativas desde el exterior. Además, en ningún sitio arqueológico olmeca, ni en ningún otro lugar de Mesoamérica, apareció ni un solo artículo genuino del Viejo Mundo.

Con este párrafo, Diehl descarta sintéticamente todas las teorías y evidencias de contacto transoceánico. En realidad, se desconoce a qué denomina artículo *genuino*, ya que, como se verá más adelante, los artículos del Viejo y del Nuevo Mundo con frecuencia son idénticos. Además, el autor no proporciona más datos sobre las culturas anteriores de las que supuestamente descienden los olmecas.

Para que los olmecas fueran realmente africanos —y no solo tuvieran el aspecto de los habitantes de ese continente— tendrían que haber llegado al Istmo de Tehuantepec por barco. Pero como la idea de semejantes viajes se descarta inmediatamente y no se le da mayor análisis, los olmecas simplemente deben haber sido muchachos del



Ignacio Bernal junto al Altar Número 4 en La Venta, 1967.



lugar que muy probablemente estuvieron allí desde siempre. En un momento de la prehistoria remota, un grupo ingresó al área olmeca portando sus características genéticas.

Según Diehl, los olmecas habrían sido además un grupo aislado en su región, con muy poco contacto con otras tribus del Istmo de Tehuantepec. Dice este autor:

> No sabemos cómo se llamaban a sí mismos, ni siquiera si tenían un término que incluyera a todos los habitantes de Olman. No hay pruebas de que conformaran un grupo étnico unificado, y casi con seguridad podemos afirmar que los olmecas no reconocían como miembros de su grupo a quienes vivieran a unas horas de distancia a pie. De todas maneras, las innumerables culturas locales independientes eran tan parecidas entre sí que los científicos modernos las consideran una sola cultura genérica.

Vale la pena repetir la fuerte afirmación: «…casi con seguridad podemos afirmar que los olmecas no reconocían como miembros de su grupo a quienes vivieran a unas horas de distancia a pie». Si los olmecas estaban aislados de sus vecinos de los que los separaban solo unas horas a pie, seguramente no establecieron contacto con pueblos del otro lado del océano, ¿verdad? Más adelante se analizará en este libro con mayor detenimiento la exactitud de esta idea, la que goza de amplia aceptación en muchas universidades —si bien existe una gran posibilidad de que sea una creencia errónea.

Los asentamientos olmecas, según Diehl, surgieron en forma independiente en un rincón de Mesoamérica sin la influencia de ninguna otra cultura. De la nada, comenzaron a construir monumentales estatuas de basalto (una de las rocas más duras y difíciles de tallar) y a levantar estructuras enormes con sofisticados sistemas de drenaje. Pero, en realidad, no estuvieron vinculados a sus vecinos ancestrales. La expansión de los artículos de aspecto olmeca se produjo con posterioridad, cuando otras culturas más difundidas adoptaron lo que podría denominarse estilo olmeca.

Cuando en enero de 2007 se anunció el descubrimiento de una ciudad con influencia olmeca cerca de Cuernavaca, a cientos de kilómetros de Zazacatla, territorio olmeca en la costa del Golfo de

México, quedó demostrado que Diehl no estaba en lo cierto. En ese momento, se afirmó que «una ciudad de 2500 años de antigüedad con influencia olmeca, a menudo denominada la cultura madre de Mesoamérica, fue descubierta a cientos de kilómetros del territorio olmeca en la costa del Golfo de México, declararon los arqueólogos». (*National Geographic News*, 26 de enero de 2007).

Los arqueólogos entonces llegaron a la conclusión de que los olmecas habitaron una zona muy extensa del sur de México, mucho más grande de lo que se había imaginado; de todos modos, se volverá sobre este tema en el último capítulo de este libro. El hallazgo no fue en realidad tan sorprendente si se tiene en cuenta la excavación de la ciudad olmeca de Chalcatzingo cerca de Ciudad de México y la publicación de ese descubrimiento en los años setenta.

Por lo tanto, el peso de la evidencia demuestra que los olmecas conocían bien las poblaciones cercanas y sabían de la existencia de ciudades y pueblos bastante alejados. ¿Conocerían también la existencia de las civilizaciones transoceánicas?

El libro de Diehl, ya obsoleto pese a que se publicó en 2004, es una lectura interesante aunque improductiva. El autor no solo se rehúsa a plantear el tema de los rasgos negroides y del contacto transoceánico, sino que, excepto por una breve mención (véase más abajo), tampoco hace referencia a la deformación craneana, uno de los hábitos más llamativos de las culturas olmeca y maya, el que también se observa en muchas otras culturas del mundo.

Los olmecas compartían muchas características inusuales con los mayas y con otras culturas transoceánicas, tales como la veneración por el jade y las plumas exóticas, el consumo de hongos y otras drogas alucinógenas y el uso de jeroglíficos en las estelas de piedra como indicadores.

Sobre los objetos hallados en el cementerio olmeca de Tlatilco, dice Diehl:

> Una mujer de clase alta yacía junto a 15 vasijas, 20 estatuillas de arcilla, 2 trozos de jade verde brillante pintado de rojo que podrían haber formado parte de un brazalete, una placa de hematita cristalina, un fragmento óseo con restos de pintura, y varias rocas. En otra sepultura se hallaron los

> restos de un hombre cuyo cráneo había sido modificado deliberadamente en la infancia y con los dientes recortados con diseños geométricos en la adultez. Podría tratarse de un chamán ya que los objetos ubicados a su lado parecían elementos relacionados con el uso de sus poderes. Entre ellos había pequeños metates para triturar hongos alucinógenos, efigies de arcilla con forma de hongos, cuarzo, grafito, resina, y otros artículos exóticos que podrían haber sido utilizados en rituales de curación. Una espléndida botella de cerámica ubicada en la tumba ilustraba a un contorsionista o acróbata descansando boca abajo con las manos sosteniendo la barbilla y las piernas dobladas de tal manera que los pies tocaban la parte superior de la cabeza. ¿Podría ser esa una representación del ocupante real de la tumba?

Diehl parece entusiasmarse con los olmecas. ¿Es posible que fueran chamanes jaguar psicodélicos que construían cabezas colosales para mantenerse ocupados en algo?

Los olmecas, desde cualquier punto de vista, son fantásticos, apasionantes, desconcertantes, psicodélicos, y en algunos casos, gente sencillamente extraña. Se desconoce su origen. Se desconoce por qué se instalaron allí. Se desconoce cuál era su misión, por llamarla de alguna manera. En síntesis, no es mucho lo que se sabe sobre ellos. Todo lo que sabemos es que son un pueblo antiguo y que eran extraños.

Si bien es fácil ver a los olmecas como protomayas y ciudadanos de Olman (más allá de lo extenso que haya sido ese territorio), vale la pena considerarlos como los fantásticos protomesoamericanos que pueden haber sido: forasteros psicodélicos que utilizaban láseres para tallar cabezas colosales de basalto; refugiados de la Atlántida que hicieron una última parada en Tabasco; mercenarios chinos de la dinastía Shang llevados desde África oriental o Melanesia y entrenados especialmente para administrar los puertos del Pacífico (y, más adelante, del Atlántico) del Istmo de Tehuantepec; tal vez un pueblo africano que arribó al continente por el Atlántico, quizás como fuerza militar proveniente de Egipto o del África occidental alrededor del 1500 a.C. Las posibilidades son muchas.



Estela Número 2 de La Venta.

Por lo tanto, con una mente abierta, observemos los misterios de los olmecas, su fantástico arte, su tecnología sofisticada, sus inusuales sistemas numérico y de escritura y otras costumbres. Lo que sea que hallemos, podría resultar sorprendente. Es posible que lleguemos a considerarlos genios, aunque en muchas otras culturas tuvieron ideas asombrosamente similares a las de ellos.

Olman: la tierra de los olmecas

Se dice que los olmecas ocuparon «la tierra de Olman», designación que los aztecas utilizaban para describir las zonas selváticas de la costa cercana. Según la definición tradicional, los olmecas eran un pueblo precolombino que vivió en las tierras bajas meridionales de la región del centro sur de México, aproximadamente en lo que hoy en día son los estados de Veracruz y Tabasco en el Istmo de Tehuantepec. Sin embargo, su influencia cultural inmediata se extendió mucho más, ya que se encontraron expresiones de su arte en zonas tan lejanas como El Salvador y Costa Rica.

Se cree que la región central olmeca estaba ubicada en un área en la llanura de la costa del Golfo de México al sur de Veracruz y Tabasco. Esto se debe a que la zona es conocida por la gran concentración de monumentos olmecas así como de una gran cantidad de emplazamientos de ese pueblo. Se considera a esa zona el extremo norte del imperio maya, con lugares tales como Comalcalco, la ciudad maya más septentrional de la costa del golfo del Istmo de Tehuantepec.

Esta área central de los olmecas se extiende por 200 kilómetros a lo largo y 80 kilómetros a lo ancho, y está atravesada por el río Coatzacoalcos. Se caracteriza por tierras bajas pantanosas interrumpidas por las crestas de colinas bajas y volcanes. Al norte se alzan bruscamente las montañas de Tuxtla, a lo largo de la Bahía de Campeche. Allí, los olmecas construyeron ciudades templo permanentes en varios lugares: San Lorenzo Tenochtitlán (más conocido como San

Lorenzo), Laguna de los Cerros, Tres Zapotes, La Mojarra y La Venta.

También tuvieron gran influencia más allá del área central, desde Chalcatzingo, bien hacia el oeste en las tierras altas de México, hasta Izapa, en la costa del Pacífico, cerca de lo que ahora se conoce como Guatemala. Se han hallado artículos olmecas por toda Mesoamérica durante este periodo, incluso en el sur a lo largo de la costa del Pacífico de El Salvador y Costa Rica.

El dominio olmeca se extendía desde las montañas de Tuxtla en el oeste hasta las tierras bajas de Chontalpa en el este, una región con marcada diversidad geológica y ecológica. En esta región se hallaron más de 170 monumentos olmecas, el 80 por ciento de los cuales estaba ubicado en los tres centros olmecas más grandes: La Venta, en el estado de Tabasco (38 por ciento), San Lorenzo, en Veracruz, (30 por ciento), y Laguna de los Cerros, también en el estado de Veracruz, (12 por ciento).

Los tres asentamientos mencionados se ubicaban de este a oeste a lo largo del territorio, de manera que cada uno pudiera explotar, controlar y contribuir con una variedad distinta de valiosos recursos naturales a la economía olmeca. El asentamiento oriental de La Venta se encontraba ubicado cerca de la zona fértil de estuarios de la costa y puede haber provisto al pueblo de cacao, caucho y sal. Desde San Lorenzo, ubicado en el centro de la zona de influencia olmeca, era posible controlar la extensa planicie inundable de la cuenca de Coatzacoalcos y las rutas de intercambio que se extendían a lo largo del río.

La posición de Laguna de los Cerros, próxima a las montañas de Tuxtla, era estratégica para la obtención de basalto, un mineral esencial para la fabricación de manos y metates y hasta de monumentos. Quizás fueran las alianzas matrimoniales entre los distintos centros olmecas las que contribuyeron a mantener semejante red cooperativa.

El Istmo de Tehuantepec

El centro de la zona de influencia olmeca es, geográficamente, la zona más estrecha de México. Una zona de gran importancia si se quería establecer una ruta interoceánica. Esta estrecha zona del sur mexicano se conoce como Istmo de Tehuantepec y constituye el camino más corto entre el Golfo de México y el océano Pacífico. Su nombre dimana de la ciudad de Santo Domingo Tehuantepec, ubicada en el estado de Oaxaca, el que a su vez proviene del término náhuatl *tecuani tepec*, que significa «colina del jaguar».

Si buscamos en Internet «Istmo de Tehuantepec», descubriremos que el istmo incluye:

> …el área de México comprendida entre los meridianos 94º y 96º de longitud oeste o los extremos sureste de Veracruz y Oaxaca, e incluye pequeñas porciones de Chiapas y Tabasco. El istmo mide 200 km en su punto más estrecho desde un golfo a otro y 192 km hasta el extremo norte de la laguna Superior, ubicada en la costa del Pacífico. En este punto, la Sierra Madre se convierte en una meseta extensa, con una altura máxima de 224 m que se observa en el paso de Chivela del ferrocarril de Tehuantepec. La zona septentrional del istmo es pantanosa y presenta un denso paisaje selvático que ha constituido el mayor obstáculo para el tendido del ferrocarril —mayor aún que la inclinación de la sierra.

De acuerdo con Wikipedia, la zona de Tehuantepec es:

> … cálida y palúdica, a excepción de los claros en altura en donde los vientos provenientes del océano Pacífico hacen que el clima se torne más fresco y seco. El registro de precipitaciones en la ladera atlántica o norte asciende a 3960 mm anuales, y la temperatura máxima es de aproximadamente 35º C a la sombra. La ladera que limita con el Pacífico presenta precipitaciones moderadas y clima más seco.
>
> La estrechez del istmo y el paso de Chivela en la Sierra Madre permiten que los vientos alisios provenientes del Golfo de México lleguen hasta el Pacífico. Además, las montañas producen un efecto de embudo que ocasiona que estos vientos se vuelvan más fuertes y hasta alcancen fuerza de vendaval, especialmente durante el invierno y tras el paso de un

> frente frío hacia el norte de la región. Por esta razón, los marineros locales conocen al Golfo de Tehuantepec, ubicado del lado del Pacífico del istmo, como un lugar en el que los vendavales son especialmente frecuentes.

El Istmo de Tehuantepec se ha considerado una ruta conveniente desde la época de Hernán Cortés, primero para la construcción de un canal que conectara ambos océanos y, a partir del siglo XIX, para construir un ferrocarril interoceánico. La Compra de Gadsden, llevada a cabo en 1853, la que comprendió vastos sectores de la región noroeste de México, contenía una cláusula mediante la cual se otorgaba permiso a los Estados Unidos para transportar correo y bienes comerciales a través del Istmo de Tehuantepec por tierra y ferrocarril. El tratado McLane-Ocampo, firmado por Benito Juárez en 1859 pero no ratificado por el congreso estadounidense, le hubiera conferido a los Estados Unidos derechos aún más amplios para transitar por la ruta mencionada. Estos ejemplos demuestran la importancia del Istmo de Tehuantepec tanto en la antigüedad como en tiempos modernos.

Los difusionistas (quienes sostienen que hubo contacto transoceánico entre América y Europa, África, Asia y las islas del Pacífico), creen que los marinos de la antigüedad tocaban tierra en los puertos más importantes y que una ruta comercial terrestre entre los puertos del Atlántico y el Pacífico debió haber sido muy valorada en aquel entonces. Así como hace 200 años un grupo de ingenieros europeos estableció la necesidad de construir un canal a través de una zona estrecha de América Central, sucedió lo mismo con las civilizaciones de la antigüedad hace muchos miles de años. De hecho, y a pesar de los milenios de distancia, aparentemente siempre se tuvieron en cuenta las mismas zonas de América Central: el estrecho Istmo de Panamá, repleto de pantanos y lagos; la actual república de Nicaragua, regada por el río Rama y sus inmensos lagos que se extienden casi hasta el Pacífico y, desde luego, el Istmo de Tehuantepec.

Según Wikipedia:

> El istmo de Tehuantepec fue uno de los preferidos por algún tiempo, ya que su mayor proximidad al centro del comercio internacional le daba

> cierta ventaja sobre la ruta de Panamá, aun cuando el istmo mexicano fuera más ancho que el panameño. Sin embargo, cuando se planteó el proyecto de construir un canal que atravesara el istmo, los ingenieros e inversionistas lo descartaron debido al exorbitante costo que suponía. Fue entonces cuando James B. Eads presentó la propuesta de construir un ferrocarril de cuatro vías para el transporte de embarcaciones, proyecto que recibió mucha atención durante un tiempo. Más tarde siguieron planes para construir un ferrocarril convencional, para lo cual el gobierno mexicano otorgó numerosas concesiones entre 1857 y 1882. En ese último año el gobierno mexicano decidió emprender el proyecto por su cuenta e inició negociaciones con una importante empresa constructora local.
>
> Los trabajos de construcción del ferrocarril comenzaron en 1888, y hacia 1893 solo restaba tender 60 km de vías. Finalmente la vía férrea interoceánica se completó en 1894. Para entonces, también se descubrió que la infraestructura de los puertos terminales era insuficiente y que el camino no tenía la preparación necesaria para soportar tránsito pesado. Así fue como el gobierno firmó un contrato con la empresa constructora londinense S. Pearson & Son Ltd., a la que se le había adjudicado anteriormente la construcción de la red cloacal del valle de México y las obras del nuevo puerto de Veracruz. Su tarea sería reacondicionar la línea de ferrocarriles y construir los puertos terminales de Coatzacoalcos, en la costa del Golfo, y de Salina Cruz, del lado del Pacífico. Las obras comenzaron el 10 de diciembre de 1899, y el tránsito se reanudó oficialmente en enero de 1907.

Fue así como México logró unir sus grandes puertos en el Atlántico y el Pacífico a través del Istmo de Tehuantepec, zona que coincide con el centro original de la civilización olmeca. ¿Será más que una coincidencia?

Ignacio Bernal afirma en *El mundo olmeca*, libro de su autoría:

> El Istmo de Tehuantepec conecta la zona de influencia olmeca con la depresión de Chiapas y la cuenca del Pacífico. Esta región atrajo a los olmecas por la ausencia de montañas y el clima tropical. En la hondonada central, y en general en todo el estado de Chiapas, aparecen constantemente restos olmecas y de otras culturas relacionadas con ellos. Sin embargo, los descubrimientos, al igual que en otras regiones de América

Central, no constituyen la base de los hallazgos arqueológicos ni representan la mayoría de estos. De hecho, pertenecen a una cultura relacionada con la olmeca, pero poseedora de características propias.

Con frecuencia se hallan piezas de cerámica de color negro con orlas o puntos blancos. En algunos sitios arqueológicos como San Agustín y la costa del Pacífico de Chiapas, los arqueólogos han encontrado piezas similares. En Santa Cruz, los hallazgos son claramente similares a otros relacionados con la cultura olmeca. En las excavaciones realizadas en El Mirador, se han recuperado numerosas figurillas de esa cultura.

El origen de la estela de Padre Piedra es aún más claramente olmeca. En ella aparecen un personaje de pie y otro que parece estar postrado de rodillas ante el primero. En la actualidad la pieza mide poco más de dos metros de altura y se cree que originalmente era aún más alta. Solo puede haber sido confeccionada por los habitantes del lugar y puede asociársela con las cerámicas correspondientes a los Periodos I y II encontradas en Chiapa de Corzo, de características olmecoides. Otro bajorrelieve sobre roca que se encontró en Bachajón presenta un estilo claramente olmeca, y se han encontrado más objetos pertenecientes a esta cultura en numerosos sitios arqueológicos, entre ellos Simojovel y Ocozocoautla.

Bernal asume en su texto que los olmecas no habitaron únicamente la costa del Atlántico sino también la costa de Chiapas, en el Pacifico. Hoy en día se sabe que también ocuparon las regiones aledañas a la costa pacífica de Guatemala y El Salvador. Bernal dice además que los asentamientos en las costas del Pacífico podrían ser aun más antiguos que la zona central de este pueblo cercana a la costa del Atlántico, e incluso que los olmecas fueron los habitantes originales de algunos emplazamientos mayas de la zona, como el de Izapa.

No es fácil establecer con exactitud la correlación entre los periodos Chiapa de Corzo y Olmeca II, ya que el periodo Chiapa I parece ser anterior. El periodo Chiapa II tardío y el Chiapa III temprano, no obstante, parecen coincidir en gran medida con el Olmeca II. El Chiapa III tardío, el Chiapa IV y el V se corresponderían con el Olmeca III, pero los descubrimientos no evidencian que haya una correspondencia total en este aspecto.